



AVE MARÍA PURÍSIMA POR LUIS G. MARTÍN

A mí me había enseñado a masturbarme el padre Marcelino, y por eso nunca se me ocurrió pensar que fuera pecado. El padre Marcelino era el párroco de la iglesia del pueblo en el que yo y mi madre pasábamos los meses de julio y agosto mientras mi padre se quedaba en Madrid trabajando. Era un pueblo pequeño, sin veraneantes ni diversiones. Como no tenía piscina, los chicos iban a una poza del río para bañarse. Tampoco había verbena, y el bar, en el que se vendían además los ultramarinos y las herramientas de ferretería, lo cerraban a las diez de la noche, cuando aún no había anochecido.

El padre Marcelino era viejo y no tenía dientes. Yo me confesaba con él en el verano porque el padre Gregorio, que era mi director espiritual en la parroquia de Madrid, me había avisado de que no podría pasar dos meses enteros viviendo en pecado. Si me ocurría algo —un accidente de coche en el viaje de regreso, una enfermedad grave—, me quemarían las llamas del infierno. Por eso, en cuanto llegaba al pueblo, iba a la iglesia y pedía confesión. Un día, en el verano en el que cumplí los 14 años, el padre Marcelino me preguntó si había cometido actos impuros. Yo le dije que no sabía qué actos eran esos, y él entonces recorrió la celosía del confesionario para mirarme a la cara. No habíamos estado nunca tan cerca, y al verle así, a pocos centímetros de mí, sentí miedo. Los pelos que le salían de la nariz, gruesos como cordoncillos, me recordaban a los de las brujas de los cuentos, y los ojos, con las pupilas amarillentas atravesadas de venas muy finas, me parecían los del mismo demonio. Me observó durante varios segundos con la boca abierta, mostrando las encías desdentadas, y luego preguntó si había cometido algún pecado de la carne. Yo le sonreí aliviado y le dije que no: los viernes de Cuaresma mi

madre siempre cocinaba potaje, tortillas y pescados. Pero el padre Marcelino rebufó como un caballo, enfadado, y dijo que no era de esa carne de la que hablaba. Sacó un brazo flaco por el ventanuco del confesionario, me agarró por el pescuezo y tiró de mí hacia arriba hasta que estuve de pie frente a él. Enredó como un prestidigitador sus dedos huesudos en la cinturilla de mi bañador, que era la única ropa que yo solía llevar en el pueblo para soportar mejor el calor asfixiante que hacía durante todo el día, y lo hizo caer al suelo de golpe.

—Esa es la carne de la que te hablo, canalla —dijo en voz baja pero atronando.

Yo, que siempre he sido un poco pudibundo, estaba asustado por mi desnudez, pero me avergonzaba mucho más de mi ignorancia. Igual que cuando don Damián me sacaba en el colegio a la pizarra y me hacía preguntas de matemáticas o de literatura que yo había estudiado mal y no sabía responder, allí, ante el padre Marcelino, sentí cómo me temblaban los labios y me venían las ganas de llorar.

—No sé lo que son los actos impuros, padre —dije buscando su compasión.

Pero el gesto del padre Marcelino ya no era furioso. Se le había dulcificado la expresión de la cara y tenía en los labios un brillo de babillas.

—Tienes que aprenderlo bien para que no te equivoques otra vez cuando te pregunten, bribón —me dijo con misericordia, casi con bondad. Y luego, señalándome el vientre, añadió en susurros:

—A ver, coge esa serpiente con la mano y frótala.

Yo le obedecí sumisamente y comencé a restregarme como él me decía, imitando los gestos que hacía con su puño cerrado en el aire. Enseguida

empecé a sentir una dulzura muy grande en el cuerpo, y pensé que el padre Marcelino era un santo por cuya intercesión Dios se me aparecía. Mientras él rezaba unos latines con voz temblorosa, yo veía nubes de arcángeles y escuchaba música de arpas. Al final, me dio un escalofrío y se me cerraron los ojos. Noté cómo el padre Marcelino me limpiaba la mano con la estola y me absolvía de mis pecados.

Desde aquel día, volví a confesarme todas las mañanas. En el pueblo hacía un calor de acero, bochornoso, pero dentro de los muros gruesos de la iglesia se estaba fresco, de modo que pasaba allí muchas horas ayudando al padre Marcelino en la sacristía y aprendiendo todo lo que él podía enseñarme de esos actos impuros que me acercaban a Dios. A veces me sentaba junto a él en el confesionario, con el bañador caído en los pies, y mientras le explicaba mis pecados —era soberbio con mi madre, mentía en ocasiones y sisaba algunas pesetas del monedero para comprar golosinas— iba ensayando muy despacio sus enseñanzas. Él me miraba con gesto celestial, como sólo se mira a los discípulos excelentes.

Sentí tan fuertemente su predilección en aquellos meses del verano que estuve a punto de creer que mi destino era el sacerdocio. Volví a Madrid lleno de vocación, y cuando fui a confesarme con el padre Gregorio, mi director espiritual, le enseñé los actos impuros que había aprendido para que me apreciara más. Pero él no me apreció más, sino que me expulsó del colegio. Nunca más volví a confesarme ni a pensar en el sacerdocio. He olvidado casi completamente los días de aquel verano caluroso. Sólo me ha quedado una huella de él, un rastro: cuando al burdel viene algún cura y me elige, me entrego en cuerpo y alma a mi tarea. Me esfuerzo para que vea a Dios verdaderamente. Y casi siempre lo consigo.